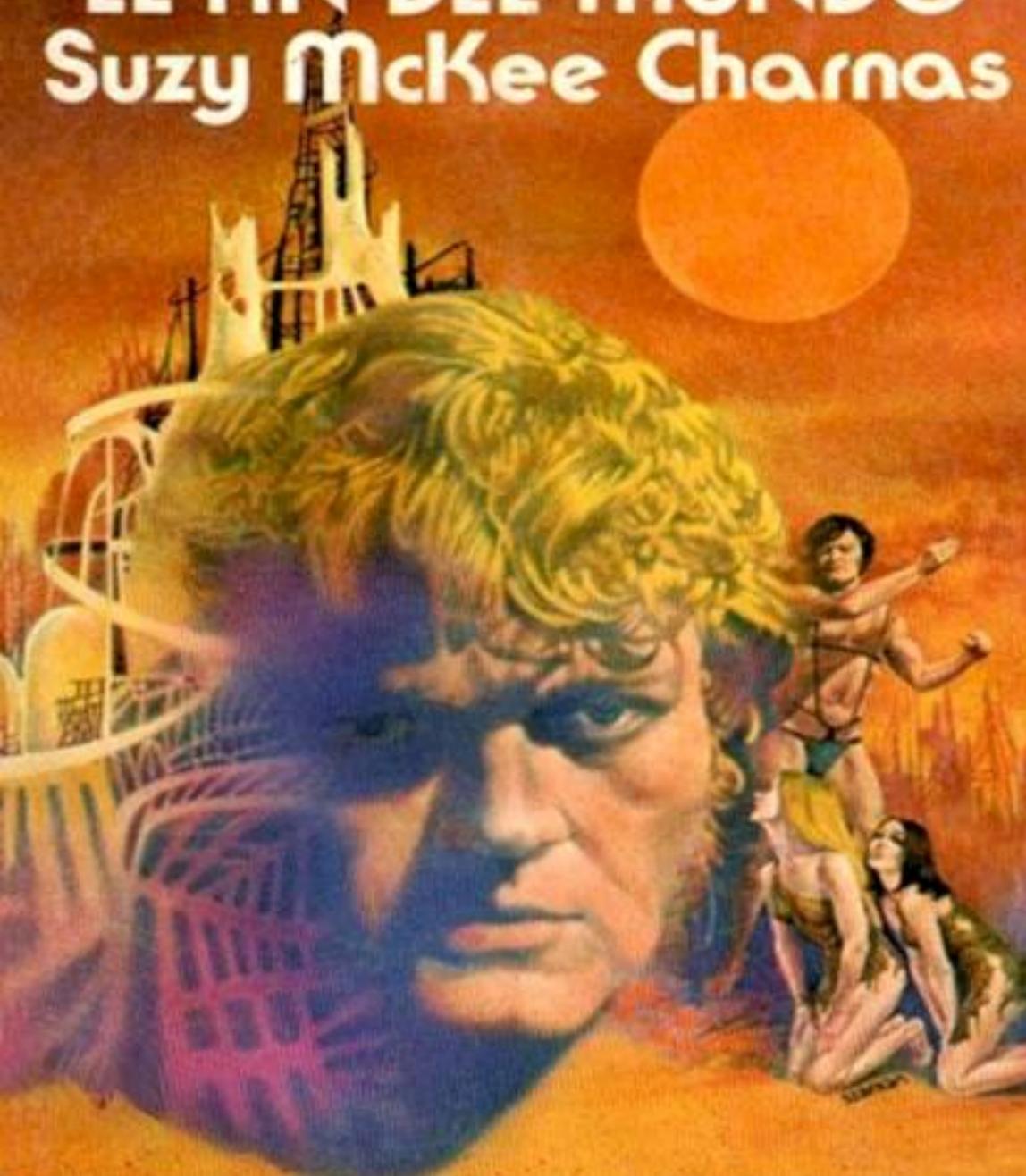


La devastación había destruido su mundo.
Sólo unos pocos sobrevivieron...



CAMINANDO HACIA EL FIN DEL MUNDO

Suzy McKee Charnas



Desde tiempos remotos los hombres del Asidero trataron con desprecio a criaturas degeneradas, conocidas con el nombre de «fémulas». Con el fin de obtener energía necesaria para sobrevivir y reconquistar el mundo, los hombres necesitaron buscarse un enemigo común. Cierta creencia supersticiosa atribuida a las fémulas las culpa de aquella horrible devastación que una vez destruyó el mundo. Fueron las víctimas más propiciatorias ideales. La verdad se perdió en la muerte y la decadencia, quedando enterrada en la historia. Un largo camino se abría ante ellas.

A Stephen

PRÓLOGO

EL pronosticado cataclismo, la devastación, ha llegado, y parece que ha pasado. La polución, el aniquilamiento y las inevitables guerras entre pueblos antaño orgullosos, hoy empobrecidos, han assolado el mundo, dejándolo a merced de las cizañas salvajes. ¿Quién ha sobrevivido?

Un puñado de oficiales de alto rango tuvo acceso a los refugios establecidos contra el ataque enemigo. Algunos de ellos llevaron consigo a sus mujeres. Las mujeres no habían formado parte de los gobiernos de los últimos tiempos; habían renunciado o habían sido expulsadas como idealistas o histéricas. Mientras el mundo exterior se pudría y marchitaba, los hombres creían adivinar un reproche pintado en los pálidos rostros de las mujeres que habían puesto a salvo o imaginaban oír sus voces acusadoras. Muchas de estas mujeres habían malparido en el holocausto.

Los hombres no se percataban de sus propias caras de gesto crispado y voces de alterado tono. Habían actuado —pensaban— consciente y correctamente..., y lo habían perdido todo. No se daban cuenta de que también habían perdido su sano juicio.

Prohibieron a las mujeres asistir a las asambleas y les ordenaron que mantuvieran la mirada baja y la boca cerrada y que se ocuparan de la tarea para la que estaban hechas, la procreación.

Entre las mujeres, la mayoría pensaba tal como se les había enseñado a hacerlo. Resultaba adecuado y reconfortante no pensar en nada, salvo en sus niños pequeños, y cuando los hombres se volvían locos de preocupaciones y se sentían llenos de frustraciones y complejos, era ayuda lo que necesitaban, no antagonismos. Estas mujeres se recomendaban las unas a las otras: «Hagamos lo que dicen por ahora».

Algunas alegaban sus objeciones, diciendo: «¡No, estos hombres nos van a esclavizar si les dejamos; ya no les queda nadie, salvo nosotras, para ser esclavas suyas!». Trataban de convencer a las demás mujeres.

Esto llegó a oídos de los hombres, los cuales se alegraron de tener un enemigo a quien someter finalmente. Trataron un plan que llevaron a cabo: arrancaron a las mujeres de sus lechos, las hicieron apiñarse como un rebaño y se dirigieron a ellas en son de arenga, diciéndoles: «Recordad que vosotras provocasteis la devastación. Fue la negativa de una mujer negra a sentarse en la parte trasera del autobús lo que encendió la chispa de la rebelión de los negros; arpías femeninas lucharon contra nuestras tropas en las guerras orientales; mujeres terroristas se dedicaron a fabricar bombas codo a codo con nuestros propios hijos rebeldes, cuyas madres les habían educado para semihombres; hembras-gusano de toda laya incitaron a millones de jovencitos a que robaran nuestros víveres y ocuparan nuestro espacio vital. ¡Las hembras trajeron la devastación al mundo!».

Y los hombres, armados con palos y látigos, les recordaron estas cosas y se aseguraron de que no las volvieran a olvidar.

Son sus descendientes masculinos quienes emergen del «Refugio» para encontrarse un mundo sin vida animal y privado de recursos. Son ellos quienes continúan la tradición de su casta de héroes y pioneros. Acaban con los pocos desechos biológicos que han resistido afuera y limpian de

maleza una franja de valle fluvial y un pequeño trozo de costa marítima, en donde fundan una nueva civilización. Llamen a su tierra «El Asidero», a causa del acantilado a través del cual las algas marinas se agarran a las rocas para resistir el empuje de la corriente.

Las algas marinas constituyen una importante fuente de nutrición para estos hombres nuevos; también lo es la robusta planta del cáñamo, hierba malsana para los hombres primitivos; sin embargo, es ahora una materia prima que suministra tanto «hebra», una droga que proporciona visiones alucinantes, como alimentos, dado que a los hombres nuevos la necesidad les agudiza el ingenio. Se fabrican ladrillos a partir de la tierra y los cementerios de chatarra se transforman en minas de las que se extraen metales; una veta de carbón suave y grasiento proporciona combustible; se trae madera de los bosques bajos e intrincados de la «selva». Nada abunda, pero los hombres sobreviven. No han olvidado por completo su tecnología y su cultura, y aprovechan de ellas cuanto pueden.

¿Qué otras cosas recuerdan? Se acuerdan de las malignas razas de seres cuyas pieles rojas, pieles morenas, pieles amarillas, pieles negras..., pieles de todos los colores de tierra recién removida, les señalaban como meras imitaciones burdas de hombres, pues los auténticos son blancos; de los jovencitos que repudiaban las costumbres de sus padres; de animales depredadores que se apoderaban de las cosechas de los hombres y que acechaban y asesinaban a los hombres en las regiones incivilizadas del mundo, y, sobre todo, de las propias mujeres de los hombres, codiciosas y arteras. Éstos fueron los rebeldes que dieron lugar a la caída del régimen justo de los hombres, y les denominaban «antihombres». De todos los «antihombres», sólo las mujeres y sus jóvenes retoños siguen siendo los enemigos de los hombres.

CAPITÁN KELMZ

I

EN una avenida del tranquilo «combinado» Pennelton de Lammintown un hombre esperaba, con las manos embutidas en las mangas de su abrigo para protegerse de la helada nocturna. Era un capitán errante con uniforme completo bajo su disfraz de tejos. Permanecía solo a la sombra del vano de una puerta.

La mayor parte de los faroles sujetos a las esquinas de los edificios habían sido rotos. A la luz de uno que aún alumbraba pudo distinguir figuras obscenas e insultantes trazadas a arañazos en las paredes de granito. La compañía Pennelton había sido destinada más hacia el sur durante este lustro. Y los jóvenes de otras compañías de Lammintown habían transformado el «combinado» vacío en una improvisada pista de patinaje, siguiendo a un grupo de muchachos salvajes hasta aquí, en donde buscaban entregarse a ilícitos placeres.

Aquél cuyos servicios había contratado esa noche era precisamente aquél a quien buscaba: D'Layo, el Soñador de Tinieblas, un joven también, pero que no pertenecía a ninguna compañía, a ninguna organización, y no resultaba legalmente útil a sus conciudadanos.

De fuerte musculatura, movimientos sutiles, con una capa nocturna de colores oscuros, parecía un animal de rapiña de cara ancha, nariz achatada y boca grande y retorcida;

así se deslizaba D'Layo silenciosamente ante los ojos de su mente. D'Layo parecía realmente eso, aunque el capitán no consideraba propio de hombres pensar ni siquiera de un hombre tan abyecto que se tratara realmente de una bestia.

Las trompetas de Lammintown clamaron, como lo hacían cada cuarto de hora. El capitán empezó a recitar silenciosamente el Cántico Protector, con el fin de ahuyentar las visiones. El cántico se abría con una exposición del tamaño y extensión de El Asidero y de la camaradería entre los hombres que allí moraban; no era un relato solemne o impresionante, pero servía para que un hombre recordara a sus hermanos y lo que esperaban de él.

El Asidero era una franja de tierra llana, biseccionada por un río. Un buen corredor podría atravesar la llanura de norte a sur por su parte más ancha en tres días, o recorrer la longitud del río desde la costa hasta Troi en siete. El río bajaba desde Troi, discurriendo por la elevada meseta interior. Más hacia el este, la ciudad dominaba el delta del río; la rama meridional llegaba hasta Bayo a través de las llanuras; la septentrional desembocaba en Lammintown bajo los pelados riscos. Así eran las tierras que pertenecían a unos hombres, bastiones del orden y del bien pensar y actuar, a los que un día volvería a sumarse el mundo entero.

Pero esto no sucedería, pensó el capitán malhumoradamente, si la reconquista dependía de hombres como él. Abandonó el cántico. Estaba viendo horribles fantasmas, no a causa de encontrarse solo en la oscuridad, si bien las tinieblas favorecen tales lapsos de la mente humana. Por la noche parece como si la tierra se dilatara hacia lugares remotos, con un vasto silencio roto únicamente por las ráfagas del viento y el murmullo de las corrientes de agua. El alma, hundiéndose en la inmensidad del vacío, era propensa a crear legiones de espectros.

Sin embargo, el vicio personal del capitán consistía en tener visiones de otros hombres —incluso de hombres hu-

manos, decentes— con formas animalescas. No eran muchos los beneficios producidos por la devastación, que había transformado el mundo en un yermo de desolación; la extinción de todas las criaturas inferiores al hombre era uno. Pensar en los animales equivalía a premeditar la invocación de los espíritus de los enemigos muertos.

Elevó la mirada hacia el firmamento, esperando que el Soñador de Tinieblas apareciera antes de salir la luna. La luna era la aliada de brutos como D'Layo. El capitán, desprovisto de su escolta habitual de errantes, no tenía quién le ayudase.

Las trompetas sonaron con fragor; un jarrón se hizo añicos en alguna parte contra las piedras del pavimento. D'Layo emergió de un estrecho pasadizo entre dos edificios. Estaba solo y parecía encontrarse en un estado de dulce somnolencia, pues vacilaba al andar y tanteaba la pared con la mano a guisa de guía. No había muchos Soñadores de Tinieblas que se aventuraran a salir cuando todavía se hallaban bajo los efectos del sueño, pero D'Layo tenía fama de joven decidido.

El capitán sintió urgentes deseos de liberar su garganta del escozor que normalmente le afligía momentos antes de tener un encontronazo. Esperó hasta que D'Layo le hubo rebasado. Entonces se abalanzó sobre él, atenazando la garganta del Soñador de Tinieblas con su antebrazo y trabándole las piernas con una de las suyas con objeto de impedirle dar patadas. Se echó hacia atrás con su prisionero buscando afianzarse a un muro con los hombros.

El Soñador de Tinieblas se proyectó como las olas, sin miedo aparente, lanzándose a sí mismo y al capitán al otro lado de la calle, de manera que ambas cabezas chocaron contra la pared opuesta. El capitán gruñó y aflojó su presa. Vaciló buscando hacer pie en los guijarros y se echó con todo su peso sobre el Soñador de Tinieblas para obligarle a caer. La cabeza de D'Layo se estrelló contra la piedra, emitió un sonido desarticulado y perdió sus fuerzas.

Arrodillándose sobre las espaldas del Soñador de Tinieblas, echó una rápida ojeada a su alrededor. No había nadie. Pensó con nostalgia en el puñal envainado que portaba junto a su pierna. Hubiera sido maravilloso llevar a la práctica su primera intención de matar sencillamente a ese bruto.

En vez de hacerlo, agarró a D'Layo por su espesa cabellera y le levantó la cabeza.

—Un mayor desea hablar contigo —dijo a la pálida, hermosa cara.

D'Layo gimió. El gemido se tornó en hipo. En su aliento estaba el suave aroma del «maná», la droga del sueño.

Con un bronco susurro, el capitán repitió su mensaje. Entonces se levantó y se apartó un paso. Se sentía cansado. Este tipo de trabajo se realizaba mejor a la luz brillante y limpia del sol y por hombres más jóvenes.

D'Layo se levantó. Se frotó la cara y se miró la mano para ver si había sangre. Un grueso brazalete de eslabones metálicos brilló al deslizarse por su brazo izquierdo. Dijo, en tono agitado:

—¿Eres tú el astuto zorro que ha estado olfateando mi pista durante dos meses para darme este recado?

—Hasta la semana pasada mis órdenes eran distintas —gruñó el capitán.

—Eres el capitán Helms, ¿verdad?

—Capitán errante Kelmz, de la compañía Hemaway.

—¡Ah!

D'Layo se irguió, haciendo torpes movimientos inútiles de sacudirse el polvo con las manos. Tenía algo de sangre; a la pálida luz de la lámpara, el capitán pudo ver una mancha oscura que se iba extendiendo a partir de una de las cuencas de un ojo de D'Layo.

—Di a tu mayor que se encuentre conmigo en la playa, al lado de las cabañas. Sólo hay una que sirva. Dile que se guíe por el olfato.

—No, tienes que venir conmigo a su presencia.

—Por todos los diablos —dijo D'Layo poniendo un acento especial en su voz—, compórtate racionalmente. No precisas mi cooperación para matarme, pero sí la necesitas para hablar conmigo. Así que haremos esto a mi modo..., a menos que quieras un segundo asalto.

El capitán no estaba ya para un segundo *round*. Se sentía cansado y le pesaban las manos.

—Abandonas, lo sé —añadió el Soñador de Tinieblas—, después de haber pasado todo este tiempo pisándome los talones en espera de conocer el sabor de mi sangre. Olvídalo, por todos los demonios. Ya me has ocasionado bastantes molestias hasta el momento; confórmate con eso.

El atontamiento le había desaparecido ahora. Su voz era igual que la primera vez que el capitán la había oído meses atrás: suave, lenta y llena de malicia.

—No desesperes de tener una nueva oportunidad de matarme alguna vez. A propósito, ¿cuál de mis innumerables buenos amigos te ha dicho dónde encontrarme esta noche?

—Vete a chupar sangre catamenial.

D'Layo soltó una risotada.

Lammintown era un lugar azotado por las tormentas y asolado por el frío, «roca sobre roca». Según sus hombres, que presumían de sus casas construidas con bloques extraídos de sus peñascos. Decían que los hombres de Lammintown llevaban El Asidero sobre sus recios hombros porque nadie podía sobrevivir sin las cosechas de algas largas que crecían en la bahía, llamadas «sargacines».

Ahora corría cierta desazón en Lammintown. Durante varias de las pasadas estaciones, y especialmente en el último verano, la recolección de «sargacines» había resultado alarmantemente escasa. Los menores de Lammintown que tenían a su cargo las aguas de la playa durante el presente quinquenio lo achacaban a la influencia lunar sobre las corrientes submarinas. Pretendían que el agua, anormalmente tibia, había impedido que maduraran las algas jóvenes. Pe-

ro los mayores alegaban que los jóvenes habían errado al calcular la época en que debían colocar las rocas sobre el fondo de la bahía en el otoño anterior, de manera que las nuevas esporas de «sargacines» no habían hallado base de sustentación alguna, por lo que habían muerto o se habían dejado arrastrar a cualquier otra zona. Esta mala cosecha llegó como remate a una larga serie de descalabros económicos en El Asidero.

Los mayores habían empezado a irrumpir sin previo aviso en los laboródromos de los menores, esperando sorprenderles en el acto de robar para sí mismos porciones de la exigua cosecha. Estos mayores llegaban con escoltas de errantes, a menudo pasando por alto la formalidad de traer oficiales que les mandaran. Los errantes eran poderosos defensores de los mayores y de sus intereses. Pero resultaban difíciles de controlar, y la mayor parte de los mayores no poseían la suficiente habilidad para manejarles personalmente.

Se habían producido incidentes y surgido rumores.

Los jóvenes de la compañía Ware, cuyo laboródromo durante aquel quinquenio era todo el complejo de criaderos de «sargacines» de la costa, se habían vuelto cada vez más indolentes. Entre el rencor que sentían y las sospechas de los mayores, una noche clara de luna constituía un peligro para que los hombres prudentes penetraran en las barracas de la playa de Lammintown.

Para mantener el calor bajo las tinas suficientemente alto, sin necesidad de vigilar toda la noche los emparrillados de pared de la barraca, éstos habían sido arrollados y asegurados. Los vigilantes fueron confinados junto al hedor amargo de los «sargacines» hirvientes y el rugido de los hornos situados debajo de las dos grandes tinas en funcionamiento.

Un destacamento de errantes, bajo el mando de Kelmz, flanqueaba al mayor a quien escoltaban. Estaban nerviosos dentro de ese extraño ambiente, pero dispuestos a obedecer.

cer la voz y las señales de mando de Kelmz. El propio mayor no parecía ser distinto aquí de como aparecía a sus anchas en el complejo que era su hogar en la ciudad. Permanecía en pie con sus firmes piernas separadas y sus manos descansando apoyadas sobre su barriga. A pesar del calor, ni siquiera se había tomado la molestia de retirar los pliegues almidonados de su manto, que le cubrían cuello y hombros. Su cabeza redonda y calva se inclinó hacia atrás.

Muy por encima de ellos, una red de tiesas y pesadas sogas cubría las bocas de las tinas. Dos jóvenes corrían descalzos por entre las líneas, vacilando como visiones fantasmales. De vez en cuando uno de ellos se detenía un momento para lanzar una larga mirada escrutadora sobre la «sopa» que estaba encargado de vigilar. Los garfios metálicos que portaban brillaban entre sus manos.

Sus pieles estaban brillantes de sudor y sucias de humo. Llevaban la cabeza totalmente afeitada para mantener limpia la sopa y vestían solamente unos pantalones cortos. Los garfios, que eran parte de su atuendo, colgaban de sus manos con la misma naturalidad que los dedos de las del capitán. «Perded pie y se malogrará la sopa», advertía el cántico de trabajo de las barracas.

Era indiscutiblemente el trabajo más sucio que los hombres tenían que hacer en El Asidero. Periódicamente se hacían propuestas de relegarlo a las fámulas, pero esta fase de un proceso de fabricación básico para la alimentación de los hombres se consideraba demasiado importante para confiárselo a ellas. Además, el destino en las barracas durante algún tiempo era un castigo muy al alcance de la mano para los jóvenes insolentes. Solamente uno de los dos que andaban entre las tinas ahora llevaba el emblema de la compañía Ware cosido en el lateral de su pantalón corto. El otro no llevaba emblema ninguno y estaba haciendo tiempo.

Los garfios se engancharon de repente en el espeso mango de la cuchara de una de las tinas. El cuerpo del vigi-

lante dio un salto de una línea a otra para revolver la enorme cuchara dentro de la sopa. El capitán volvió el rostro con asco. Se le revolvió el estómago al ver aquel cuerpo brillante sumergido entre el aire y el vapor, pareciéndole uno de esos salvajes que en los tiempos antiguos moraban en las ramas de los árboles altos...

Los errantes se agitaron con desazón: D'Layo acababa de entrar en la barraca. En alguna forma se había granjeado el desprecio de los vigilantes del laboródromo de Ware, que ni siquiera se molestaron en volverse a mirarlo. Eso era lo peor de los brutos como D'Layo, que corrompían a los demás.

—Servan —dijo el mayor proyectando su voz por encima del rugido de los hornos sin llegar a gritar—, ¿dónde podemos hablar?

—Aquí mismo, mayor —replicó el Soñador de Tinieblas—. Es un lugar seguro. Las rondas nocturnas mantienen ahora limpia la playa, y los muchachos que están allí arriba no pueden oírnos.

Se sentó sobre la tapa de una caja de combustible y palmeó con la mano sobre el sitio que quedaba libre a su lado.

El mayor de Hemaway permaneció de pie en su sitio y emitió un suspiro largo y deliberado.

—Vamos, mayor... Bajerman, ¿no es así? —dijo D'Layo antes de que pudiera transformar su suspiro en palabras—. Ha pasado ya algún tiempo desde la última vez que nos encontramos. Y, por favor, no empecemos a pedirnos mutuamente perdón por todo aquello. El pasado es el pasado. En interés de la armonía entre hermanos, comportémonos ahora como hombres que se acaban de conocer. Espero no te importe que esta sugerencia proceda de un joven.

Rebosaba amabilidad. El mayor hizo caso omiso de tal impudor y D'Layo prosiguió suavemente:

—Y ahora vemos qué puede hacer este humilde joven por un mayor tan importante. Espero que no se trate de al-